

de los viciosos, el triunfo contra el demonio. La Cruz es el pedagogo de los jóvenes, el piloto de los navegantes, el puerto de los que peligran, el padre de los huérfanos, el defensor de las viudas, el consejero de los justos, el descanso de los atribulados, el defensor de los párvulos, la cabeza de los varones, el fin de los ancianos. La Cruz es la luz de los que están sentados en las tinieblas, la sabiduría de los ignorantes, la gloria de los mártires, la abstinencia de los monjes, la castidad de las vírgenes, el gozo de los sacerdotes. La Cruz es el fundamento de la Iglesia, el honor de los templos, la repulsión de los ídolos, la ruina de los impíos, la virtud de los débiles, el médico de los enfermos, la limpieza de los leprosos, el descanso de los paralíticos, el pan de los hambrientos, la fuente de los sedientos, la protección de los desnudos. Esto y mucho más, dice el padre San Juan Crisóstomo de la santa Cruz, á cuyos pies postrados todos pedid que triunfe de vuestros vicios y que derrame sobre vosotros sus virtudes: que triunfe de vuestro orgullo, de vuestra altivez y soberbia, y que seáis desde este momento humildes: que triunfe de vuestra ira, y que seáis desde este instante mansos: que triunfe de vuestra avaricia, y que seáis desde ahora generosos: que triunfe de vuestra gula, y que seáis desde este momento templados: que triunfe de vuestra impureza, y que seáis desde este mismo día castos: que triunfe de vuestra envidia, y que seáis desde este instante caritativos: que triunfe de vuestra pereza, y que seáis desde ahora diligentes en el servicio del Señor: que triunfe de vuestra inmodestia, y que seáis desde este instante modestos: que triunfe de todos vuestros vicios y que os adorne desde este momento con todas las virtudes.

Si, Cruz adorable, Cruz preciosa, Cruz bendita, Cruz sacrosanta, triunidad de nuestro corazón, de nuestra alma, de nuestro cuerpo, de nuestras potencias, de nuestros sentidos, de nuestros vicios, de nuestros desórdenes, de nuestros escándalos; adornadnos con vuestros frutos, con vuestros dones, con vuestras virtudes; y vos, Salvador divino, recibid nuestros afectos, nuestros homenajes, vuestras adoraciones: *Adoramus te, Christe*. Aceptad nuestros loores, vuestras alabanzas, vuestras bendiciones: *Et benedicimus tibi*. Dignaos de no desear estos votos que os tributamos, porque en ese leño adorable nos redimisteis del pecado, nos librasteis del demonio, nos librasteis del infierno: *Quia per sanctam crucem tuam redimisti mundum*; y porque esperamos en vuestra bondad, en vuestra clemencia y en vuestra misericordia que nos haréis participantes en la eternidad de la felicidad y de la dicha que nos alcanzasteis en la santa Cruz: sí, Dios mío, esperamos veros en el cielo por los siglos de los siglos. *Amén*.

DE LA SANGRE DE NUESTRO SR. JESUCRISTO

Habentes itaque, fratres, fiduciam... in sanguine Christi.

Teniendo confianza, hermanos... en la sangre de Cristo.

(S. PABLO Á LOS HEBE. c. 10, v. 19.)

Alegraos, mortales, porque se ha acercado vuestra redención; alegraos, pecadores, porque vuestro remedio está ya preparado; alegraos, justos, porque vuestra virtud tiene ya su apoyo. Con estas sencillas, pero enérgicas expresiones, me ha parecido conveniente empezar mi oración. Al hablaros de la sangre preciosísima de Jesucristo que, según juzga San Juan Crisóstomo, fué causa de nuestra vida, no podía menos de empezar por tan feliz anuncio; y excluir una sola persona, sería injuriar en lo más vivo al divino Salvador. Todo el género humano, sepultado tanto tiempo en el sueño profundo de sus desórdenes, levanta la cabeza, para mirar gustoso las aguas teñidas de sangre que deben limpiarle enteramente de las heces del pecado. Pero, ¿ha variado, por ventura, hermanos míos, el orden de las cosas? ¿Se habrá olvidado el sencillo y natural idioma del corazón? A la verdad, cuando mi objeto no debía ser otro que hacer suceder el luto á la alegría, la palidez del rostro á la serenidad, la tristeza á la expansión, y que toda la naturaleza se vistiese las negras sombras del dolor; os exhorto á que desterréis la tristeza de vuestro corazón, y á que vuestra alma, entre lisonjeras esperanzas, se deje transportar de los dulces sentimientos de la alegría. ¡Dios eterno! vos habéis dado justo motivo al hombre, para que su corazón sensible se preste á las dulces efusiones del gozo. Como os habéis olvidado de vuestra justicia, en otro tiempo amenazadora y destructora de la obra de vuestras manos, es justo que ésta, siguiendo los sentimientos del Criador, salga del espanto en que estaba, y corra sin sobresalto por las regiones de la paz.

En efecto, hermanos míos; ya no se oye entre nosotros el espantoso ruido del trueno; ya no se ve la lóbrega luz del relámpago; ya

no aparecen sobre nuestras tierras ejércitos asoladores de mosquitos; ya, en fin, no se descubre en nuestro hemisferio aquel ángel exterminador, que afilando su espada extermine a nuestros amigos y a nuestros queridos hijos: sólo los benignos influjos de la amorosa bondad del Criador se dejan sentir en el universo. Dilata, oh mortal, puedo decir con muchísima razón, dilata el corazón tuyo: respira ya el aire puro de la esperanza, y sólo para los enemigos del género humano deja la melancolía y la desesperación. No vuelvas a mirar la atrevida y traidora mano, que cogiendo el fruto vedado, derramó sobre los hombres el mortal veneno; mira, sí, el dulce bálsamo de nuestras heridas, que las manos del Salvador, clavadas en el madero de la cruz, derraman sobre todos nosotros. Si hasta aquí se ha reducido a una porción de su herencia, en adelante se extenderá a todos los hijos de Adán. No lo dudéis, hermanos míos, os diré con Casiodoro; porque es tanta y tan grande la virtud y eficacia de la sangre de Jesucristo, que es comparada a un diluvio que, anegando todo el universo, lo limpia de sus inmundicias. Si, hermanos míos, la sangre de Jesucristo ha reconciliado al mundo con el Eterno Padre; y ved aquí el motivo de nuestra esperanza: ved también el centro en donde se reunirán todas las líneas de mi discurso. La sangre de Jesucristo motivo de confianza para el pecador; primera idea: la sangre de Jesucristo motivo de confianza para el justo; segunda idea: ¡dichoso yo, si á proporción que os interesa este asunto, logro radicarlo en vuestros corazones!

Adorable Salvador, humillados ante vuestro divino acatamiento, adoramos profundamente vuestra sangre preciosa y le tributamos los homenajes que le son debidos. Nosotros la veneramos unida á vuestra divinidad, la confesamos derramada por nosotros, y por eso mismo la aclamamos nuestra libertadora y el motivo de nuestra confianza. Por ella, pues, haced que no se frustren mis deseos; antes bien dad á mis palabras la fuerza suficiente, y á mis oyentes la docilidad que les incumbe. Esta es una gracia, Señor, que esperamos también alcanzar por los ruegos de María, cuya sangre es la que corre por vuestras venas, y á quien para ello devotamente saludamos con las palabras del ángel. *Ave María.*

No es capaz la tierra, á pesar de sus atroces é innumerables delitos, de retardar un instante los designios amorosos del Altísimo. El hombre creado por Dios, ocupa un lugar preferente en su corazón y por eso no puede olvidarle. Parece que, cuanto más éste le ultraja, se empeña otro tanto su divina Majestad en beneficiarle. Es un enig-

ma no muy fácil de explicar que, á proporción que crece la ingratitude de los hombres, se aumenta el amor de Dios hacia ellos. Si, es una verdad bien notoria, confirmada por San Pablo en sus cartas. No hay por qué dudarle, escribía á los romanos: yo he observado que en donde han sido los delitos innumerables, la gracia de Jesucristo no ha tenido término. Como que se recrea su divina bondad en derramar sus rayos benéficos sobre esas tierras baldías é infructuosas. Con que, Dios mío, ¿será preciso para atraer sobre nosotros los benignos influjos de vuestra misericordia correr desenfrenadamente por el camino de los vicios? ¡Ah! esto sería ultrajar, esto sería blasfemar la misericordia del Señor. Lo que su divina Majestad hace para dar motivo de confianza al pecador, no debe servir á éste de medio para ofenderle á cara descubierta.

Pero si trocándose los efectos del corazón, llega este infeliz á dudar de su remedio, ¿qué mano caritativa podrá curar sus llagas? Yo veo á toda la tierra armada contra el hombre: los brutos que antes le rendían homenaje y le reconocían por su rey, han levantado el estandarte de la rebelión; los elementos se han conjurado abiertamente en daño del hombre; y lo que más asombra, su cuerpo mismo le arma lazos y asechanzas. ¡Infeliz! y á qué parte te volverás para tu socorro? ¿Qué áncora afianzará tu consuelo? La sangre de Jesucristo, cristiano mío.

Si, mis queridos hermanos: mi corazón se llena de alegría al pronunciar estas dulces palabras: la enormidad de mis pecados queda sobrepajada por la sangre de Jesucristo; y mis delitos, aunque sean sin número, no igualan á las gotas de sangre que derramó el divino Salvador. Es verdad que mis pecados han sido capaces de enojar al Eterno Padre y de privarme de todo derecho á la bienaventuranza eterna; me han despojado del vestido de la gracia, más precioso que el oro y diamantes de la tierra: me han privado de los dones del Espíritu Santo; y mi corazón, templo antes de tan dulce y soberano Espíritu, ahora es trono del demonio; pero la sangre de Jesucristo me ha restituido de un golpe todos estos bienes. Ella ha mudado el justo enojo del Padre Eterno en amor y benevolencia, y ha establecido entre Dios y el hombre una paz sólida y duradera. Esta mi alma preciosa ya ha dejado su antiguo ser por medio de la sangre de Jesucristo, siendo de nuevo cara esposa del Espíritu soberano y enlazando de nuevo la íntima comunicación que entre estos dos espíritus había. Ya la noche oscura del pecado se ha convertido en el día más claro de la primavera, porque los rayos del Espíritu que la ilumina destie-ran toda sombra y dejan al alma bañada de sus amorosas influencias.

Derramad, Espíritu consolador, en el alma del pecador que quiere venir á vos, vuestros dones y gracias, y derramadlas con abundancia; porque desde que la sangre de Jesucristo es su abogada, se ha quitado el obstáculo que impedía la continuación de vuestros dones; y queda constituida por precisión, cristianos míos, templo del Espíritu Santo, morada de la beatísima Trinidad y descanso del salvador Jesús. Entonces la sangre de Jesucristo imprime en el corazón del impío aquellos consoladores sentimientos, con los cuales puede ya desterrar hasta la menor sombra de temor y fijar su esperanza en el único y verdadero Dios; entonces desaparecen de un golpe los sobresaltos, los sustos y las agonías que continuamente le afligían, y aparecen la paz, la serenidad y la alegría: entonces, desterrando la negra desesperación, se sustituye la verdadera confianza. ¡Oh! ¡qué efectos causa la sangre de Jesucristo en el alma del pecador! ¡Oh! ¡qué motivo de confianza para el que desea salir de la inmundicia de sus vicios!

¡Ah! bendigaos, sangre preciosa, el cielo por esas finezas que obráis en favor del hombre; bendigaos la tierra, porque sin merecerlo la laváis de sus inmundicias; bendigaos todas las criaturas, porque á todas habéis reconciliado con el Juez del universo.

Así me parece debe exclamar el pecador á vista de lo que la sangre de Jesucristo le ha beneficiado. Cual otro San Pedro á presencia del Salvador, debe llenarse de temor reverencial, y adorar profundamente á la que es el remedio de sus dolencias. Pero al mismo tiempo, lleno de un santo esfuerzo, debe decir con el principe de los apóstoles: Señor, en tu nombre echaré la red en la mar. Bien es verdad, Dios mío, que me cubre desde la cabeza hasta los pies la multitud de mis pecados; pero en nombre de vuestra sangre me arrojo á los pies de vuestro ministro, para que aquélla limpie á mi alma. Bien es verdad que desde que tuve la desgracia de apartar mi vista de vuestro dulce rostro, no hice caso de la virtud, menosprecié los ejercicios de devoción, y me burlé de las inspiraciones más santas; pero en nombre de vuestra sangre voy á emprender el camino de la virtud, á abrazar los ejercicios de devoción y no apartarme un punto de vuestros divinos llamamientos. Esta sangre preciosa es la que ha de trocar mi corazón en un corazón nuevo; y así ¿á quién temeré, si la sangre de Jesucristo está en mi favor? ¿Al demonio? Pero la sangre de Jesucristo le ha vencido. ¿A mis pecados? Pero la sangre de Jesucristo los ha borrado. ¿A Dios justamente irritado? Pero la sangre de Jesucristo ha aplacado su indignación. Yo estoy bien seguro de que nada puede haber capaz de acobardarme, una vez que la sangre de Jesucristo se

interesa en mi favor. Ella es la espada de dos filos que guarda el paraíso de mi alma, y el ejército que defiende el castillo de la gracia. Yo no sé como explicarme: nosotros somos lavados en la sangre de Jesucristo; nosotros somos justificados con la sangre de Jesucristo. Sí, Dios mío, yo confieso esta verdad, y para confesarla me basta mi propia experiencia.

Estas reflexiones, hermanos míos, son bastantes para convencernos de que la sangre de Jesucristo es motivo de confianza para el pecador. Pero adelantemos el discurso, y veamos si podemos aclarar más esta verdad. Los méritos de Jesucristo son nuestros, y por consiguiente nuestra es la sangre del Salvador. Jesucristo es nuestra cabeza, y nosotros somos sus miembros; y de aquí se sigue, que así como por razón de ser él cabeza participó de nuestras miserias, así por razón de ser nosotros miembros nos comunica sus bienes. Todo lo que mereció por su sangre, todo se ha transmitido á nosotros: Jesucristo no lo necesitaba, y por eso lo cedió en favor del hombre. ¡Qué motivo de confianza! Jesucristo dice al pecador: tanta sangre como he derramado en el discurso de mi pasión, es tuya. Yo ni una sola gota me reservo para mí; lo que siento es no tener más para poderle dar. Recíbela, hijo mío, como un testimonio de mi amor el más auténtico.

Y si antes de hablar de la abundancia de la sangre del Salvador, nos queremos entretener un poco en considerar las figuras que representaban esta sangre preciosa, ¿no podrá el pecador ensanchar su corazón, y desafiar á los espíritus malignos, de que á pesar de sus sugestiones, confiará siempre en la sangre de Jesucristo? La probática piscina; ved aquí una de las figuras de la sangre de Jesús. Cualquiera que entre en la sangre del divino Redentor, quedará sano y limpio de todas las manchas que pueda haber contraído. Con esta diferencia, que para arrojarse en las aguas teñidas de sangre, no se necesita el movimiento del ángel, así como se necesitaba en las aguas del antiguo Testamento. El ángel que las mueve es Jesucristo, que en todo momento aguarda al pecador para sanarle. Será blasfemo el que de aquí adelante diga: «yo no tengo hombre que me arroje en las aguas, luego que son movidas por el ángel. Treinta y seis años ha que aguardo á ver si alguno, acordándose de que soy su hermano, ejercerá conmigo una obra de la más fina caridad. Los otros vienen y sanan; y yo paso aquí los años enteros, y me quedo con mis dolencias.» No, hermanos míos, estas expresiones sólo pueden nacer de un corazón impío, y de uno que tenga poco conocimiento de los méritos del Redentor. ¿De cuándo acá no puede uno arrojarse, cuando quiera, en la sangre de Jesucristo, sin aguardar á que ni el sol con

sus rayos ilumine nuestro horizonte, ni á que las negras sombras cubran la faz de la tierra? ¿De cuándo acá hay momento exceptuado, en que el pecador no pueda bañarse en estas aguas saludables? ¿De cuándo acá la virtud y eficacia de la sangre de Jesucristo no puede en cualquiera hora santificar al pecador? Desengañémonos: si nosotros no sanamos, nuestra es la culpa, y no de la sangre de Jesucristo.

Añadamos, hermanos míos, á esta figura, otra más propia, que demuestra más la eficacia de esta sangre, y es por eso mayor motivo de confianza para el pecador. ¡Ah! sólo el recuerdo de aquella noche terrible para los egipcios debe animar á cualquiera á confiar en la sangre de Jesucristo. ¡Infelices todos los que habitáis las regiones del Egipto, pues en una noche van á perecer á vuestra vista todos los primogénitos! La cólera del Dios vivo ha subido hasta el más alto punto, y sólo falta que deje caer el fatal golpe. En un instante se verán los pueblos llenos de confusos é interminables lamentos. Las madres entregadas al dolor no clamarán más que por sus hijos, y entre llantos y sollozos pronunciarán sus nombres. Ya se acerca la hora en que se ha de representar esta trágica y funesta escena; ya baja el ángel blandiendo la espada por los aires, como ministro de la justicia y venganza del Dios eterno. Pero deteneos, soberano espíritu: ¿y los primogénitos de Israel también están comprendidos en este cruelísimo castigo? Moisés, tú que eres entendido en los misterios de la religión, defiende á tu pueblo de la ira que le amenaza. En efecto, hace matar un cordero con cuya sangre señala las puertas de los hijos de Israel; y ved aquí que degollando el ángel en una noche los primogénitos de los egipcios, perdona á los del pueblo del Señor. La sangre del cordero, figura de la de Jesucristo, libra á los tales del furor del Altísimo. Bien podía haber mandado Moisés que todos se pusiesen en oración, para escaparse del castigo; bien podía intimarles el arrepentimiento para aplacar al Eterno; bien podía ordenarles la limosna...; pero no, Moisés veía, que habiéndonos Jesucristo de redimir con su sangre, no había medio más eficaz para libertar á su pueblo de la espada exterminadora, que señalarle con la figura de la sangre de Jesús. ¡Oh! y qué motivo de confianza para el pecador! ¡qué consuelo para un alma que desea librarse del cautiverio del pecado! Porque si la figura obra tan prodigiosos efectos, ¿qué hará la realidad?

Pero dejemos las figuras, y pasemos á su cumplimiento. Y si poco ha decía que la sangre de Jesucristo debe ser motivo de confianza para el pecador por ser nuestra, debemos confesar lo mismo por ser

superabundante. A la verdad toda la sangre de Jesucristo fué derramada sin quedar ni una sola gota, y nos la quiso dar toda. El Salvador intentaba que el pecador no dudase que le quería salvar; que en la sangre que derramaba, tenía el motivo de su esperanza, y que si se aprovechaba de ella, infaliblemente se salvaría. Pues ¿por qué te detienes, alma mía, te diré con San Anselmo? Corre, acércate, y recoge aquellas gotas suavísimas. Si, cristiano mío, acércate y recoge con veneración aquella sangre que sale del cuerpo de Jesucristo en el huerto de Getsemani, aquella sangre que derrama Jesús á causa de los azotes, y en la coronación de espinas. ¡Ah! ¡Y qué río abundantísimo de sangre divina! Aquí, pecador, párate, y deja caer sobre ti la sangre de Jesucristo, que así la dejaron caer una María Egipciaca, una Margarita de Cortona, un Raimundo Lulio y otros santos que veneramos en los altares: déjala caer, porque será tu remedio y salud: déjala caer en fin porque ella te conducirá á la bienaventuranza eterna. ¡Oh sangre de Jesucristo, motivo de confianza para el pecador! *Habentes itaque, fratres, fiduciam... in sanguine Christi.*

Después de unos motivos tan relevantes para infundir en el pecador la confianza en la sangre de Jesucristo, sería preciso trastornar todas las ideas del Salvador, si no las confesásemos mucho más relevantes en la persona del justo. Es verdad que Jesucristo vino al mundo principalmente para buscar al pecador; pero eso no excluye que el justo sea las delicias y complacencias de Jesucristo. Si todas las palabras del Evangelio son otras tantas pruebas para animar al pecador, no dejan de serlo para el justo; y por ese motivo me valdré de las expresiones del real profeta David, quien hablando al justo, le da de parte de Dios una solemne embajada por estas palabras: *Dicite justo quoniam bene:* decid al justo que bien. Decidle que en hora buena él nació, y que en hora buena morirá, y que bendita será su vida y su muerte, y lo que le sucederá después de ella; porque la sangre de Jesucristo ha salido garante de todos estos bienes. Decidle que en todo le sucederá bien; en los placeres y en los pesares, en los trabajos y en el descanso, en el honor y en la deshonra: porque la sangre de Jesucristo sostiene al justo en medio de la tribulación y de la bienandanza: en ésta, para que su espíritu no se envanezca; en aquella, para que su corazón no se abata. Decidle que bien; pues desde que la sangre de Jesucristo ha sido derramada, le está aparejado el mayor bien de los bienes, que es Dios; y está libre del mayor mal de los males, que es la compañía de Satanás; porque la sangre de Jesucristo ha abierto las puertas del cielo y ha cerrado las del infierno, mereciéndonos los auxilios necesarios para alcanzar lo uno y evitar

lo otro. Ya no estarás detenido millares de millares de años en el seno de Abraham, antes de ver la cara dulcísima de Dios: apenas saldrás de esta vida, cuando serás conducido á coger los frutos que habrá producido tu alma regada con la sangre de Jesús. ¡Oh sangre de Jesús! ¡vos sois mi confianza! Decidle que bien; porque desde que la sangre de Jesucristo ha sido derramada, está escrito su nombre en el libro de la vida, y Dios Padre le ha tomado por hijo, y el Hijo por hermano, y el Espíritu santo por su templo vivo. Pero ¿podré prometer otro tanto á vosotros que me escucháis? ¿o seréis como aquellos pérfidos que sacrilegamente clamaban: su sangre venga sobre nosotros, y sobre nuestros hijos? ¡Ah! infelices de vosotros, si teniendo el remedio á la vista, no os dignáis alargar la mano para tomarlo. Entonces la sangre de Jesucristo será el peso que os arrojará en el abismo; será la marca con que Dios os destinará á las llamas eternas: entonces mudando de condición, clamará venganza contra todos aquellos que atrevidamente la profanaron. La sangre de tu hermano, que es Jesucristo, profanada en aquellas usuras con que desuellas á tu prójimo, clama venganza á mi desde la tierra: la sangre de tu hermano, que es Jesucristo, profanada en aquellas conversaciones inmORAles, clama venganza á mi desde la tierra: la sangre de tu hermano, que es Jesucristo, profanada con la inmodestia y poca reverencia en los templos, clama venganza á mi desde la tierra: la sangre de tu hermano, que es Jesucristo, profanada en los santos sacramentos que indignamente recibes, clama venganza á mi desde la tierra: la sangre de tu hermano, que es Jesucristo, profanada con esta vida que llevas, más de gentil que de cristiano, clama venganza á mi desde la tierra: la sangre de tu hermano, que es Jesucristo... Pero ¿y de qué nos serviría el haber sido derramada por nosotros, si hubiésemos de oír el formidable anatema pronunciado por la boca del Altísimo? Vosotros, ministros del altar, con el sacrificio incruento que ofrecéis todos los días al eterno Padre, acallad los clamores de la sangre de su Hijo. Y vosotros, que unidos en santa confraternidad, sois distinguidos por especial favor de la sangre del Cordero, y á quienes en cierto modo el Altísimo ha hecho depositarios y custodios de este bálsamo precioso, y por consiguiente los hijos más queridos y allegados á Jesucristo, juntad vuestras peticiones con las del ministro del altar: mezclad vuestros clamores con los suyos, para que mirando Dios á la humildad de sus hijos, se olvide de su justo enojo. Entonces derramará sobre vosotros sus santas bendiciones; y llenando á todos de bienes espirituales, nos llevará á gustar los dulces y sabrosos frutos de su sangre preciosa allá en el cielo por siglos de siglos. *Amén.*

SOBRE LA RESURRECCIÓN

Surrexit, non est hic.
Resucitó, ya no está aquí.

(S. MARCOS, XVI, 6.)

El hombre que coloca una lápida sobre la tumba de un semejante suyo, acostumbra á grabar en ella la lúgubre y monótona inscripción: *Hic jacet*; aquí yace, aquí reposa... Para todos los hijos de los hombres, el epitafio no puede ser jamás sino un recuerdo de muerte. Mas para el que fué á un tiempo mismo hijo del hombre é Hijo de Dios, he aquí la magnífica inscripción que un ángel radiante, y en el colmo de la alegría, trajo del cielo y colocó sobre su sepulcro: *Surrexit, non est hic*; ha resucitado, ya no está aquí. Así se cumplió la grande profecía del hijo de Amós: «Su sepulcro será rodeado de gloria, su sepulcro mismo le será glorioso:» *Et erit sepulchrum ejus gloriosum.* Toda grandeza, todo poder de los reyes de la tierra concluye en la tumba; mas, al contrario, en el sepulcro comienzan el poder y el imperio del Rey de los cielos.

Hoy, pues, nuestro Divino Salvador puede gloriarse de haber sepultado en su tumba todos sus padecimientos, todos sus oprobios, y, como dice San Pablo, la misma muerte. Cumplió, pues, su palabra, realizó sus promesas, dejó probada su misión, confirmó su doctrina, y dió al mundo, según San Pablo, la prueba más brillante y más cierta de su divinidad. Porque, según San Gregorio, por su muerte especialmente nos reveló su amor, y por su resurrección nos ha revelado muy particularmente su poder.

Y pues que la gloria de la cabeza debe resaltar sobre sus miembros, aplaudamos hoy con transporte, hermanos míos, la gloria de nuestro amado Salvador como si fuese nuestra propia gloria. Justifiquemos el santo júbilo que el recuerdo de ese misterio excita en todos los corazones cristianos, y para ello recordemos primero las magníficas profecías que habian predicho ese misterio, y en seguida los prodigios que le acompañaron. ¡Ojalá podamos nosotros encontrar en

él un motivo poderoso para elevar nuestros espíritus y nuestros corazones de las miserias de acá abajo a la riqueza de los bienes del cielo! Pero imploremos desde luego la asistencia de la Reina de los cielos, felicitándola por el triunfo de su Hijo, que es también su triunfo. *Ave María.*

Una de las pruebas más luminosas de la divinidad de Jesucristo, es que ha sido el único hombre cuya vida entera ha sido referida antes de su nacimiento. Porque los misterios de Jesucristo no sólo han sido predichos todos por las palabras de los profetas, sino figurados todos por las acciones de los patriarcas; porque, como dice San Agustín, la vida de los patriarcas fué toda profética.

En efecto, así como la doble substancia del primer hombre en la unidad del ser figuró la doble naturaleza de Jesucristo en la unidad de persona; como Moisés figuró su nacimiento, Abel su inocencia y su dulzura, Noé su ministerio, Melchisedech su sacerdocio, Isaac el sacrificio, Jacob la fecundidad, Job los padecimientos, David las persecuciones, Salomón la dignidad real, José la exaltación y Sansón la muerte, así también fué reservado á Jonás figurar su sepultura y su resurrección. El mismo Jesucristo quiso interpretar y aplicar á su persona esa grande figura histórica, cuando dijo: «Como Jonás después de haber pasado tres días y tres noches en el vientre de la ballena salió de ella vivo, del mismo modo el Hijo del Hombre, después de haber pasado tres días y tres noches en el seno de la tierra, saldrá de ella resucitado.» Ved, pues, hermanos míos, con qué fidelidad el misterio de este día ha sido pintado de antemano en ese antiguo cuadro.

Jonás pidió el mismo ser arrojado al mar: *Tollite me, et mittite me in mare* (Jonás, I, 12); y Jesucristo libremente se entregó en manos de los judíos para ser arrojado en lo que los profetas habían llamado el océano de las humillaciones y de las penalidades: *Magna est velut mare contribitio tua* (Thren., II, 13.) Porque la Iglesia entera, dice San Máximo, no podía evitar la perdición, si Jesucristo no era entregado á la muerte de cruz, del mismo modo que la nave de Jonás no podía escapar del naufragio si el profeta no era arrojado al seno de las olas.

¿Quién es, pues, ese hombre tan extraordinario, tan singular, vuelve á preguntar San Máximo, que se deja arrojar con tanta confianza y singularidad en el seno de la mar embravecida? ¿Quién es ese hombre que, cayendo en la boca devoradora de un monstruo marino, pudo ser engullido pero no devorado? ¿Quién es ese hombre que, lanzado fuera de las condiciones de la humanidad, y como des-

terrado de la vida, no deja de viajar asociado con la vida y vencedor de la muerte? ¡Ah! ese hombre prodigioso, verdadero prodigio él mismo, es Jesucristo en efígie, Jesucristo en figura, de quien la muerte, monstruo implacable, quiso apoderarse para devorarle, pero de quien la muerte quedó cautiva y reducida á temblar delante de aquel en quien había hecho presa. Es el mismo Dios que en otro tiempo, mandando á la ballena, la obligó á dejar en tierra sano y salvo al Profeta, y el mismo que mandando á la muerte, la obligó á devolver al mundo al Salvador resucitado.

¿Quién podría, continúa San Máximo, celebrar bastante el poder de Dios, cuando, por el asombroso prodigio de la libertad del Profeta, quiso pintar de antemano, con rasgos tan pronunciados y tan fieles, el prodigio todavía más asombroso de Jesucristo, libre de las ligaduras de la muerte? ¿Quién podría tampoco celebrar bastante la sabiduría de Dios, cuando quiso dar de ese modo con anticipación la prueba más sensible del misterio de este día, y preparar de lejos al mundo á creer en él? ¿Cómo, en efecto, se atrevería nadie á negar en la persona del Señor un prodigio cumplido hacia ya muchos siglos en la persona del siervo?

Pero, independientemente de esa grande y espléndida profecía en acción, hizo Dios predecir también el mismo misterio de Jesús resucitado por las palabras de todos los profetas, y muy particularmente de David. Por boca del Santo Rey, el Mesías mismo dijo con más de diez siglos de anticipación: «Mi carne reposará en la esperanza, porque Dios no dejará mi alma en los lugares subterráneos, y preservará el cuerpo de su Mesías de la corrupción del sepulcro.» Por boca del mismo David, el Mesías dijo también: «Dormiré con toda seguridad el sueño de la muerte; pero resucitaré, porque mi humanidad ha sido unida á la Divinidad.» Y, en fin, por boca de David, Jesucristo pronunció aquellas admirables palabras: «Mi carne volverá á comenzar á florecer.» ¡Palabras admirables! hermanos míos, porque, dice San Ambrosio, la carne del Salvador refloreó verdaderamente cuando resucitó.

¿Podría imaginarse una profecía más suave y deliciosa? Esa carne inmaculada, esa carne, como divinizada por el misterio de la Encarnación, puede decirse muy bien que había florecido en cuanto fué unida á la persona del Verbo. Entonces fué cuando aquella flor nazarena, llena de gracia y de verdad, salió de la vara de Jesé, del seno virginal de María. El ciego furor de los judíos quiso desarraigar aquella amable flor de la tierra de los vivientes, de que era el ornamento y las delicias. Y he ahí que esa flor divina consintió por sí

misma, de buen grado, en ser hollada, pulverizada para utilidad y provecho de los mismos que la pisoteaban. Cediendo no tanto á la crueldad de aquéllos, como á su caridad, se la vió inclinarse á la tierra, pávida, deshojada, marchita cuando Jesucristo murió en la cruz y fué enterrado en el sepulcro. Pero no perdió nada de su perfume; la muerte, al separar realmente del cuerpo de Jesucristo su alma santísima, no separó el alma ni el cuerpo de la Divinidad, á la que toda la humanidad de Jesucristo se hallaba hipostática é inseparablemente unida. Así, aquel santo cuerpo, que reposó tres días en el seno de la tierra, conservó siempre, permaneciendo unido á la persona del Verbo, el principio, el germen de la inmortalidad y de la vida. Por consiguiente, esa divina flor, al recobrar hoy su alma y la fuerza de su vegetación divina, ha podido levantar de nuevo sobre su tallo su abatida cabeza, ha podido reanimarse y desplegar con nueva magnificencia todos los encantos, todas las riquezas de sus colores y de su belleza. Por manera, que la resurrección del Salvador no fué más que la nueva florescencia de su santa humanidad.

¡Cuán dulces bajo todos los aspectos, cuán tiernos, cuán deliciosos, cuán sublimes de meditar son los misterios de la religion! ¡Cómo hablan á un tiempo al espíritu, al corazón, á la imaginación, á todo el hombre para realzarle, ennoblecerle y santificarle!...

¿Nos será ahora licito el volver á expresar fielmente con nuestras palabras la gloria de los prodigios que acompañaron esa *reflorescencia* y esa resurrección admirable, tan magníficamente figurada y predicha, y hoy tan divinamente cumplida?... En un solo y mismo instante, por la virtud del Verbo, el alma de Jesucristo se reunió á su cuerpo, y el cuerpo *revivificado* se revistió de la gloria de la Divinidad. Este santo cuerpo, en efecto, deponiendo el sudario que le envolvía, haciendo desaparecer la sangre de que se hallaban bañados sus miembros, y cerrando todas las llagas que le desfiguraban, excepto las de su costado, de sus pies y manos convertidas en brillantes cicatrices, en gloriosos testimonios de su identidad, aquel santo cuerpo adquiere de repente todos los privilegios de un cuerpo glorificado. Estaba en sufrimiento y dolor, y se hizo imposible: era pesado, opaco, mortal, y se trasformó en ligero, transparente é inmortal.

¡Oh cuerpo bienaventurado de mi Salvador, cuánta belleza te *adorna!*... ¡cuánta gracia te *decora!*... ¡cuánta luz te *reviste!*... ¡cuánta majestad y gloria te *rodea!*... Si, en su primera florescencia, el vástago de Jesús fué el más bello entre los hijos de los hombres. En esa nueva florescencia está la belleza misma, *la misma gracia, la misma luz*; porque en ella se ve penetrar por todas partes la hermosura, la gracia y la luz del Hijo de Dios.

Transformado de ese modo, aquel divino cuerpo se lanza fuera del sepulcro sin quebrantar sus puertas: lo mismo, dice San Agustín, que al nacer salió del seno de su divina Madre sin alterar su virginidad.

¡Oh judíos, tan insensatos como malvados! ¿De qué os sirvió, exclama San Gregorio, el rodear de empalizadas el sepulcro, cercarle con centinelas, cerrar la entrada con una gran piedra, y poner en ella el sello de la Sinagoga y del Imperio? Encerrando de ese modo el cuerpo del Señor, ¿habéis podido encerrar también su divinidad? La muerte, que puede retener al hombre, no puede aprisionar á Dios. El sepulcro no podía, pues, retenerle, porque el universo entero no basta á circunscribirle.

¡Cuán hermoso es, añade San Pedro Crisólogo, cuán nuevo ese prodigio!... ¡He aquí suspendido y cambiado el orden natural!... Los sepulcros consumen los cadáveres, y ¡he ahí un sepulcro que devora la muerte misma!... Si, la tumba ha concebido; recibió un cuerpo muerto, y devuelve un cuerpo vivo. Y ese segundo nacimiento, añade San León, es todavía más admirable y más asombroso que el primero. El seno de la Virgen dió á luz á Jesucristo sujeto á la muerte, y el sepulcro le produce hoy dotado de una vida inmortal.

A ese gran prodigio de su propia resurrección, Jesucristo hizo suceder, casi en el mismo instante, el prodigio de la resurrección de muchos patriarcas, muertos ya hacia largo tiempo, y los envía á Jerusalén á mostrarse á un gran número de personas, y hacer más auténtica la resurrección del Maestro, pues que ellos, servidores suyos, acababan también de ser resucitados.

A esos prodigios, que pertenecen al orden de la gloria, acompañaron otros prodigios en la naturaleza. En el mismo momento en que Jesucristo salió triunfante de su sepulcro, tuvo lugar un gran temblor de tierra, según el Evangelio.

Y así, la tierra, temblando de júbilo en aquel momento, como había temblado de horror y de espanto en el instante de la muerte del Salvador, atestiguó que el que acababa de resucitar era verdaderamente su Criador, Rey y Señor. Por otra parte, el sol, que tres días antes se había eclipsado por no alumbrar el decidido, salió ese día antes de la aurora para festejar con radiante luz la resurrección de Jesucristo, y parecía resucitar con él á una nueva vida, como había parecido morir en su muerte, anunciando también que Jesucristo es el verdadero Criador, Rey y Señor de los cielos.

En fin, para completar la gloria de tan grande triunfo, he ahí que con el júbilo de los amigos sinceros, de los fieles servidores de

Jesucristo, contrasta la consternación, el abatimiento y el terror de sus adversarios.

Apenas salió Jesucristo del sepulcro, cuando un ángel, según la narración del Evangelio, descendiendo de los cielos, apartó, por un acto de su poder sobrenatural, la piedra que cerraba la entrada, y parecía decir á la muerte con desprecio: «¡Oh muerte! ¿En dónde está tu victoria?... ¿En dónde tu triunfo? El traje de aquel ángel, dice el Evangelio, era más blanco que la nieve, y su rostro más temible que el rayo.

¡Imaginad la sorpresa y el terror de los que guardaban el sepulcro, á vista de tantos y tan simultáneos prodigios, la tierra que tiembla, la piedra que salta, el sepulcro que parece hundirse, la luz que los deslumbra y el ángel que les amenaza! El Evangelio refiere que quedaron helados de espanto y como muertos de terror.

Los jefes de los sacerdotes, los doctores y fariseos, habían podido presentir ya algo de ese gran acontecimiento. Las numerosas apariciones de Santos, referidas en el Evangelio, debían excitar á cada momento sordos rumores. En la ciudad reinaba la agitación y el desorden: el anuncio de la resurrección, circulando de boca en boca, regocijó á los buenos é hizo estremecer á los malos.

¡Cuáles fueron la rabia y el espanto de los principales judíos, cuando á los vagos rumores de la multitud se unió el testimonio de los guardas que acudieron temblorosos á referir lo que habían visto! Al oír aquella nueva, los principales sacerdotes, con la palidez en el rostro y la rabia y la consternación en el corazón, se reunieron en consejo, y después de una larga discusión con los ancianos del pueblo, llamaron á los guardas y les dieron tanto dinero como podían apeteer. «Id, les dijeron, y guardaos muy bien de referir las cosas tales como han pasado. Decid que durante la noche, y mientras dormiais, los discípulos de Jesús se dirigieron al sepulcro y sacaron el cuerpo. No tenáis cuidado por las consecuencias, pues nosotros nos encargamos de arreglarlo con el presidente y de ponerlo á cubierto.

¡Perversidad profunda!... ¡Infernal obstinación de voluntades rebeldes á la luz divina!... ¡Procurando encubrir por medios tan bajos la resurrección del Señor, reconocían ellos mismos la verdad, y rehusaban creer lo que no podían negar!...

Recordad aquí, hermanos míos, que durante la agonía de Jesucristo sobre la cruz, esos mismos judíos insultaban su dolor, y le decían: «Si eres verdaderamente Hijo de Dios, baja de la cruz; por esa señal reconoceremos tu divinidad. No convenia entonces al amor del Salvador interrumpir la grande obra de nuestra salvación. No conve-

nia, ni á la majestad de Dios, ni á la independencia del Arbitro Supremo arreglar la economía de sus prodigios á las pretensiones insensatas y blasfemadoras de los más viles y malvados de los hombres. Jesucristo, pues, no respondió entonces á aquel insolente desafío, ó, por mejor decir, respondió sustituyendo á los prodigios de poder que se le pedían, los prodigios todavía más grandes de su caridad. Respondió pidiendo para ellos á su Padre el perdón de su nuevo crimen.

Pero era también digno de su amor y de su Majestad divina que, rehusando á los judíos el prodigio tan insolentemente solicitado, obrase otro todavía mucho mayor y más capaz de confundir á un tiempo mismo su obstinación y de vengar su Divinidad. Y eso es lo que hace hoy, nos dice San Gregorio, saliendo del sepulcro, cuando no había querido bajar de la cruz. ¿No hay, en efecto, un prodigio mayor en triunfar de la muerte por la resurrección, que en bajar de la cruz para conservar la vida?...

Esos hechos con todas las circunstancias que los acompañan, esos hechos que se suceden y coordinan con tan admirable sabiduría, no ha podido inventarlos el hombre. Forman en su conjunto la demostración más brillante de la Divinidad de Jesucristo, la más alta glorificación de su virtud y de su misión divina. ¡Confúndanse los judíos que se atrevieron á desafiarle aun en la cruz, y los incrédulos que en la sucesión de los siglos se han escandalizado del misterio de la Cruz!... ¡Que se confundan todos los que quisieran precipitar los designios de Dios, y obligarle á condensar en un solo día, y en un mismo punto, todos los milagros de su gracia!... Dios sabe siempre escoger el tiempo; la eternidad es suya. Juzguemos de sus designios por todo lo que pasó y se sucedió en los tres días de su pasión y de su resurrección. Supo entonces, y sabrá siempre, desplegar con oportunidad su poder, vengar todos sus derechos, y reducir al silencio á los audaces despreciadores de su Divinidad.

Hemos visto desarrollarse ante nosotros todo el orden de los decretos de Dios, ya en la magnificancia de las profecías y de las figuras, por las cuales, durante largos siglos, fué predicho el grande hecho de la resurrección, ya en la gloria de los prodigios que acompañaron su cumplimiento.

Reanímese, pues, nuestra fe, hermanos míos, y celebremos con regocijo el triunfo de Jesucristo en el sepulcro, preparándonos debidamente para alcanzar algún día la dicha de contemplarle glorioso en los cielos. *Amén.*

DEL ANUNCIO DE LA RESURRECCIÓN

*Resurrexit, non est hic... dixit discipulis
eius.*

Resucitó: ya no está aquí... Id á de-
círselo á sus discípulos.

(S. MARCOS, XVI, v. 6 y 7.)

El Evangelio nos dice, hermanos míos, que al rayar el alba el día siguiente al sábado, las santas mujeres que habían asistido á la muerte del Salvador se dirigieron al sepulcro, llevando consigo aromas preciosos para esparcirlos sobre el santísimo cuerpo, según costumbre de los judíos, y para dar de ese modo á su amado Maestro y Salvador ese último testimonio de su amor y de su piedad. «¿Cómo haremos, decían entre sí, para levantar la inmensa piedra que cierra el sepulcro?» No habían concluido de hacerse esta pregunta, cuando, mirando al sepulcro, vieron que la piedra se hallaba levantada y su entrada libre y expedita. Entraron, pues, en él con un sentimiento de piedad y de temor religioso: mas apenas habían dado un paso, retrocedieron asustadas. Porque en vez del santo cuerpo que buscaban, vieron un ángel radiante de luz y de hermosura celestial. El mensajero del cielo las tranquilizó, y con el tono de la más dulce familiaridad y la más afectuosa benevolencia, las dijo: «No temáis: conozco vuestras intenciones puras y santas; sé muy bien que buscáis á Jesús el Nazareno que ha sido crucificado: ya no está aquí; acaba de resucitar, como lo había prometido y predicho: acercaos y ved el sitio en que había sido depositado el Señor. Id, pues, presurosas á llevar á los discípulos, y particularmente á Pedro, la venturosa nueva de su resurrección. En seguida, marchad todos juntos á las montañas de Galilea, adonde os precederá el Señor, como ya os había predicho, y tendréis el consuelo de verle según su promesa. He ahí lo que tengo que anunciaros.»

Veamos, hermanos míos, para nuestra instrucción y consuelo, con cuánta delicadeza de afecto, de condescendencia y amenidad ha sido

anunciado este gran misterio, después de su cumplimiento. *Ave María.*

Tal fué el discurso del ángel, como acabáis de oír, hermanos míos, y aquí, los que no han comprendido todavía el designio del que, según el Profeta, bajó de los cielos para descender hasta nosotros, pueden preguntarse: ¿Es posible que un habitante de los cielos, uno de esos nobles espíritus que brillan como astros en la corte celestial, venga á conversar con tanta bondad con unas pobres y sencillas mujeres? ¿Y por qué no?... Es ángel, ¿no es el ministro de ese mismo Dios de bondad que, como atestigua la Escritura, se complace en conversar con preferencia con las almas piadosas y sencillas? Mirad: en otro tiempo unos sencillos pastores fueron los primeros que supieron en Belén, por boca del ángel, el nacimiento del Salvador; y hé ahí que hoy son unas sencillas mujeres de Jerusalén las primeras también que saben, por el mensaje de un ángel, la revelación de la resurrección de ese mismo Salvador. Los Apóstoles verán también á su vez al Señor resucitado, para poder atestiguar al mundo, como testigos oculares, un prodigio tan grande. Pero la primera noticia sólo la recibirán de las mujeres, y sólo las mujeres tendrán el privilegio de saberlo de boca de un ángel. ¡Oh cuán importante es esta lección! Porque Dios prefiere siempre la sencillez á la ciencia, la humildad al talento, y la rectitud del corazón á la elevación de la condición. He ahí lo que explica por qué, en grandes y solemnes ocasiones, ha colocado al pobre sobre el rico, á los pequeños sobre los grandes de la tierra, y á la mujer verdaderamente piadosa y perfecta sobre el hombre: «Se complace en conversar con los sencillos.»

Acordaos también de que ese mismo ángel era el que acababa de derribar al suelo con su fulminante mirada á los centinelas del sepulcro, y que ese mismo ángel exhortaba entonces á la confianza y al júbilo á los santos discípulos de Jesucristo: *Nolite timere vos: «No temáis vosotros.»* Observad bien, si os place, la palabra *vosotros*, colocada al fin de la frase *Nolite timere vos*: cuán consoladora es colocada de ese modo?... Es como si el ángel les hubiese dicho: «Quiero que teman y que tiemblen los judíos que han pedido la muerte del Señor: Pilatos, que tan cobardemente la ha consentido; los soldados, que no se han negado á ser sus ejecutores, y el pueblo, que ha venido á renegar de él y blasfemarle hasta en su suplicio. Pero vosotros, almas piadosas, almas sinceramente adictas al Dios Salvador, vosotras que le habéis acompañado al Calvario, que le habéis ado-

rado en la Cruz, vosotras que le buscáis en su sepulcro, vosotras, para quienes Jesús crucificado es siempre vuestro Salvador y vuestro Dios, vosotras nada tenéis que temer de su justicia, y si que esperar todo de su bondad. *Nolite timere vos.*

¡Cuánto pudiéramos decir, si después de haber mirado y profundizado las palabras del ángel, nos detuviésemos algunos instantes en las palabras del mismo Jesús!... ¡Qué abismo de bondad y de condescendencia hay en esa sola palabra dirigida á la Magdalena: *Mulier, quid ploras?* Mujer, ¿por qué lloras? ¡Ah! no olvidemos que esa mujer fué en otro tiempo el escándalo de la ciudad. Aquellas lágrimas eran bien derramadas para reparar el desorden de su vida... Y Jesucristo quiso dar á entender que el gran misterio de la Resurrección debe fortalecer y consolar para siempre á los que por la penitencia han alcanzado el pasar de la muerte á la vida. No era ella sola la que debía ser consolada; había entre los discípulos tímidos y cobardes, uno que le había negado. Pues bien; ninguno será exceptuado del misterio de reconciliación y de vida, sino aquel que voluntariamente ha perecido, porque voluntariamente ha llegado á ser un hombre de perdición. He ahí que el vencedor de la muerte y del pecado no teme ningún contacto deshonoroso, ninguna afinidad envilecedora. Dijo á la Magdalena: *Noli me tangere.* «No te me acerques.» Lo cual podría muy bien significar: No te me acerques por un afecto que podría ser todavía demasiado sensible, mientras que vuestras afecciones no pasen por los cielos para volver á bajar hasta mí. Pero no penséis que los pecadores me causan repugnancia alguna, disgusto alguno. Id, pues, á anunciar á todos mis Apóstoles, sin exceptuar á ninguno, que todos son siempre mis hermanos, que mi Padre es siempre su Padre, que mi Dios es siempre su Dios. Si; decidles que si yo subo hacia mi Padre, es para acordarme de que es el Padre de todos vosotros; que si subo hacia mi Dios, es para acordarme que es siempre vuestro Dios.

Pues bien, hermanos míos; las palabras que Jesucristo pronunció por sí mismo, ó por sus ángeles, en el día de su resurrección, deben resonar para siempre en el mundo. Para siempre, Jesucristo resucitado ha venido á traer la paz, la reconciliación y el arrepentimiento sincero. Para siempre también, Jesucristo, glorificado, proclama por sí mismo y por sus ángeles el doble carácter de su Evangelio. A su entrada en este mundo hizo profetizar por un santo anciano que sería para unos ruina y muerte y para otros resurrección y vida; para unos terror y guerra de exterminio, y para otros paz y júbilo inalterables. En el grandioso día de su resurrección, la misma alternativa fué solemnemente proclamada.

¡Que tiemblen, pues, esos filósofos llenos de orgullo, esos incrédulos insensatos, esos hombres de Estado soberbios é insensibles que no tuvieron jamás sino desprecio para la religión del Crucificado! ¡Que tiemblen también esos herejes indóciles y rebeldes, que, más audaces que los verdugos, no titubean en desgarrar la preciosa túnica del Salvador, que jamás han comprendido el grande misterio de la unidad, y que blasfeman del Evangelio verdadero, en nombre de su Evangelio falso! ¡Que tiemblen también los malos católicos que no han podido ser atraídos ni por la palabra de Jesucristo ni por la de sus ángeles! Todos esos son los que, á imitación de los judíos carnales, han soñado en un Mesías terrestre como ellos, en un Mesías cómplice de todos sus vanos deseos, de todas sus locas pasiones.

Mas para vosotras, almas sinceramente cristianas, almas generosas y puras, para quienes Jesucristo es siempre el Dios de vuestro destierro; para vosotras, que habéis aprendido de Jesucristo con cuántas tribulaciones y trabajos se consiguen el reposo y la gloria; para vosotras, que no cifráis vuestra honra más que en servirle, vuestra felicidad en amarle, y vuestra esperanza en poseerle algún día; para vosotras, que entre tanto le suplicáis esté siempre con vosotras, en vuestro espíritu por la fe, en vuestro corazón por la caridad, en vuestros miembros por la mortificación; vosotras nada tenéis que temer, ni con el pensamiento de la resurrección de Jesucristo, ni de vuestra propia resurrección. *Nolite timere vos: scio quia Jesum Christum crucifixum queritis.* Vosotras nada tenéis que temer: sé lo que buscáis; buscáis á Jesús crucificado antes de buscar á Jesús glorificado. Merecéis encontrarle en su crucifixión y en su reposo, en sus humillaciones y en su gloria. No habéis renegado de El en el destierro, y tampoco El os abandonará en la patria. *Nolite timere vos.*

No creáis que el haber sido pecadores, y muy grandes, sea un motivo para alarmaros. ¿Qué importa lo que hayáis hecho, cuando tenéis por juez al que triunfa hoy, al que sepultó en su tumba y entregó al olvido todo lo que habéis sido, todo lo que habéis hecho, con sólo la condición de que por medio de la penitencia os sepultéis en una misma tumba con vuestro Salvador? ¿No habéis oído el mensaje confiado á las santas mujeres por el enviado celestial: Decid á los discípulos, y particularmente á Pedro: *Dicite discipulis et Petro?* ¿Y por qué esa señal de distinción en favor de Pedro? ¿No fué ese jefe de los Apóstoles el que contristó á su Maestro, negándole tres veces? Pues precisamente por eso, la buena nueva de la resurrección debía serle notificada de una manera enteramente especial. Su falta, es cierto, excedió toda medida; pero era necesario que no desespera-

se. Estaba harto desconsolado para que su falta pudiese serle perjudicial.

El veneno del pecado tendrá, pues, siempre, merced á los méritos del Salvador, un seguro contraveneno en el dolor que nos causa.

¿Cuál fué, por otra parte, el objeto del mensaje confiado á las santas mujeres? «Decid á los discípulos, y particularmente á su jefe arrepentido, decid á Pedro que el Salvador os precederá á las montañas de Galilea.» Esa misteriosa Galilea en donde Dios se revela, no es más que la figura de esa revelación inefable, que sólo nos será concedida en los cielos cuando, viendo á Dios frente á frente, lleguemos á ser semejantes á El por efecto de esa misma visión. ¡Ánimo, pues, supuesto que los pecadores arrepentidos son llamados allí lo mismo que los justos!... ¡Ánimo, pues; el que nos ha precedido fué bastante poderoso para atraernos y transportarnos allí él mismo! ¡Ánimo, pues, que la piedra del sepulcro, por la que es necesario pasar primero, ha sido levantada delante de nosotros, y la entrada ha quedado libre para todo el mundo!

¿Qué nos resta, pues, hacer? La Iglesia y todos sus Santos Doctores nos lo han indicado suficientemente en los textos sagrados que durante estas solemnidades ofrecen á nuestra meditación. Debemos, como quiere San Pablo, en esos días de los ácidos de Pascua, llegar á ser ácidos nosotros mismos, es decir, excluyendo de nuestros corazones todo lo que Jesucristo reprueba, ir á El con los deseos más sencillos y las intenciones más puras! *In azymis sinceritatis et veritatis.* Debemos ir á buscar á Jesucristo en su sepulcro, allí adonde había sepultado su libertad, su gloria y su vida. Jamás estamos más seguros de encontrarle que allí en donde es necesario humillarse y morir para sí mismo. Debemos, pues, partir al rayar el día, y procurar llegar al salir el sol, es decir, á los primeros resplandores de la gracia, y convencernos bien de que para unirnos á Jesucristo es preciso despojarnos de la tenebrosa vestidura de nuestros vicios. Debemos llevar con nosotros aromas y perfumes preciosos, es decir, ofrecer á Dios el incienso sincero de la oración, encaminarnos á Dios por medio de continuas aspiraciones, y regocijarse á la Iglesia de Dios con el buen olor del ejemplo y con la práctica edificante de las más amables virtudes.

¿Por qué tardamos á ponernos en camino? El verdadero amor no conoce obstáculos ni entorpecimientos. Mirad el presuroso anhelo del verdadero amor, personificado en la Magdalena y en el discípulo amado. Reconoced el verdadero amor en esas tiernas preocupaciones que absorben el corazón de la Magdalena; reconocedle también en

esa rápida carrera que parece haber dado alas al más joven de los Apóstoles. Acordaos de la piedra del sepulcro que el ángel tuvo cuidado de apartar. No olvidéis que, bajo la ley de gracia, los obstáculos de la virtud no existen, sino en cuanto son necesarios para excitar la vigilancia y la emulación. Si; por la resurrección del Señor todas las leyes han llegado á ser fáciles, toda perfección ha llegado á ser accesible, todos los misterios han sido revelados, todos los tesoros de gracias y de auxilios han sido abiertos. Si; la gracia que, á contar desde ese día, debe esparcirse por el mundo, realizará la seguridad dada por el Salvador de que su yugo es suave y su peso ligero. La gracia de Jesucristo debe, en efecto, hacer agradable al entendimiento el yugo de la fe, y ligero al corazón el peso de los mandamientos. El amor humilde lo cree todo, el amor perseverante lo obra todo, el amor generoso obedece á todo, y todo lo soporta.

De ese modo, no lo dudéis, hermanos míos, alcanzaremos la felicidad que os deseo, y que espero para todos nosotros; de ese modo tendremos la felicidad de encontrar á Jesucristo en la verdadera Galilea de la manifestación eterna; le veremos en toda su grandeza, en toda su magnificencia; le veremos en todo su esplendor, en toda su gracia y en toda su hermosura. Si, le veréis todos los que hayáis sabido morir para resucitar con El. Yo os lo declaro, y os lo aseguro en su nombre. En este día de júbilo, no debo hablaros sino para comunicaros este mensaje: *Ibi cum vidēbitis, ecce prōdici vobis.* (San Mateo, XXVIII, 7). Así sea.

JESUCRISTO RESUCITADO Y SUS DISCÍPULOS

*Stetit Jesus in medio eorum, et dicit eis:
Pax vobis.
Se puso Jesús en medio de ellos, y les
dijo: paz á vosotros.*

(LUCAS, XXIV, 36.)

Los misterios del Dios Salvador, hermanos míos, como ya hemos observado muchas veces, se ligan, se armonizan y se corresponden entre sí de una manera admirable. Por esta razón, al tiempo de su nacimiento hizo él anunciar la paz á los hombres por medio de los ángeles; la paz prometió dejarnos antes de ir á morir por nosotros, y la paz es también el primer saludo que dirige á los Apóstoles, el primer anuncio que les hace, la primera promesa que les renueva y el primer don que les concede hoy, que por la vez primera se presenta á ellos resucitado de la muerte á la vida: *Stetit Jesus in medio eorum, et dicit eis: Pax vobis.* Porque el Hijo de Dios tomó carne humana, murió y resucitó para volver á los hombres al camino de la paz, que habían abandonado.

Pero Jesucristo no eleva hoy á sus discípulos á la esperanza y al amor con sus promesas, sino después de haberlos confirmado en la fe con las pruebas más ciertas de su resurrección. No les da la paz del corazón sino después de haberles dado la paz de la inteligencia. Grande y estupendo milagro, que la gracia del Redentor ha renovado hoy y renueva continuamente en sus verdaderos fieles, cuyas primicias y cuya figura fueron los discípulos, infundiendo la paz en sus entendimientos por medio de la verdad de la fe, antes de poner en paz sus corazones por medio de la unión de su caridad.

Por lo cual, hermanos míos, he creído que debemos hoy considerar esta paz divina en orden al entendimiento; para lo cual trataré de explicar el milagro de la gracia de la verdadera fe, en dar la calma, la quietud y la paz al espíritu humano; á fin de que, penetrados del más vivo reconocimiento por el gran beneficio que hemos reci-

bido; correspondamos al amor con amor, y tenga yo hoy la satisfacción de dejaros unidos á Dios con la paz, no sólo del entendimiento, sino también del corazón. *Ave Maria.*

La muerte de Jesucristo, hermanos míos, semejante á una violenta borrasca, como dice San Pedro Crisólogo, así como había trastornado toda la naturaleza, así también había conmovido y desconcertado el ánimo de los discípulos. Ellos no podían conciliar en su mente tantos milagros obrados por Jesucristo con los oprobios de su pasión, tantos argumentos de su poder con la catástrofe de su muerte, ni tantas pruebas de su divinidad con tantas miserias de su humanidad. Así como una nave, continúa este santo doctor, sorprendida en alta mar por una fiera borrasca y combatida por vientos encontrados, unas veces es elevada sobre las crestas de las irritadas olas, y otras precipitada en los abismos; de la misma manera el ánimo de los discípulos, agitado por contrarios afectos, unas veces se elevaba hasta el cielo y otras descendía hasta la tierra, y no podían ellos arribar al puerto de la paz del espíritu y de la tranquilidad del corazón.

Viendo el Dios escudriñador de los corazones, el amoroso Maestro, esta turbación de sus discípulos, les salió al encuentro, y con aquella misma virtud poderosa con que á una señal disipó en otra ocasión las tormentas y convirtió en tranquilidad la tempestad del mar iritado, volvió la paz á sus entendimientos desconcertados. Así es que resucitado, se presenta en medio de sus apóstoles y discípulos, y les dice: «La paz sea á vosotros, yo soy, no temáis.»

Y notad bien estas palabras: *La paz sea á vosotros;* porque ya había el Señor con su resurrección, añade el citado doctor, restituido la estabilidad á la tierra estremecida, el esplendor al sol eclipsado, el orden á la naturaleza descompaginada, y reorganizado toda la creación, turbada por la muerte del criador. Por consiguiente, al decir: «La paz sea á vosotros», *Pax vobis,* fué lo mismo que si hubiese dicho: «Cuando todo goza ya de nuevo la paz, sólo vuestros ánimos están todavía turbados, porque os halláis combatidos aún entre la infidelidad y la fe. Por lo mismo vengo á pacificaros también á vosotros, después que he pacificado ya todo el universo.»

Considerad la poca fe de los discípulos. Al verlo entrar con las puertas cerradas y presentarse de repente en medio de ellos, lo creen un espíritu: *Existimabant se spiritum videre;* porque sola la substancia espiritual es la que no se detiene por los obstáculos materiales. Reconocen, pues, en Jesucristo, que se les aparece, continúa el Crisó-

logo, un fenómeno natural de su alma humana, y no un prodigio de su divino poder.

Además, Jesucristo les dice: «Yo soy; y ¿porqué estáis turbados?» *Ego sum; nolite timere. Quid turbati estis?* De lo cual se deduce claramente que el espíritu de los discípulos estaba lleno de temor, de espanto y turbación. Pero, ¿porqué? El mismo Salvador nos lo ha revelado, añadiendo: «Y ¿qué pensamientos son esos que se levantan en vuestro corazón?» *Et cogitationes ascendunt in corda vestra?* Es decir, que los apóstoles no revolvián en su imaginación las revelaciones divinas que Jesucristo les había traído del cielo, sino pensamientos humanos que, salidos de la tierra, habían subido como una mala yerba á apoderarse de sus corazones. Y ¿qué extraño era que sus espíritus estuviesen desconcertados, sus corazones turbados y sus imaginaciones trastornadas?

¡Oh cuadro admirable! ¡Oh pintura fiel del alma humana privada de la luz divina! Ella está agitada, desordenada y en guerra continua consigo misma; porque la inteligencia humana está formada para la verdad infinita, de tal manera, que sólo la verdad de Dios puede satisfacerla; así como el corazón humano está formado para el bien infinito, de tal manera, que sólo la caridad de Dios puede hacerlo feliz. La verdad de Dios, que se percibe en el cielo por la bienaventuranza de la visión, aquí en la tierra no se comunica al alma sino por la revelación de la fe, así como la caridad de Dios se difunde en el corazón por la posesión de la gracia; y así como no tiene paz el corazón que no posee la gracia de Dios, así tampoco tiene paz la inteligencia que se halla privada de la fe divina; así como no tiene paz el corazón que resiste y desprecia la voluntad de Dios ó la ley de Dios, así tampoco tiene paz el entendimiento que resiste y desprecia la ciencia de Dios, que es la enseñanza de su fe; así como todos los bienes criados no pueden satisfacer el corazón, formado para el bien increado, así tampoco todas las ciencias puramente humanas pueden satisfacer el entendimiento, formado para la verdad increada; así como el corazón que carece de la divina gracia está siempre inquieto y turbado, aun en la posesión y el goce de todos los honores, de todas las riquezas y de todos los placeres; de la misma manera el entendimiento que carece de la fe divina, aunque se halle colmado de todos los conocimientos humanos, se halla siempre agitado, siempre incierto y siempre infeliz.

Al fin el amoroso Jesús se compadece de sus extraviados discípulos. El había conservado en su santísimo cuerpo las cicatrices de sus llagas. Y ¿para qué? Para curar, dice San Agustín, con este remedio,

digno de su sabiduría y de su amor, las llagas que sus pobres discípulos tenían en el corazón. Y ¿qué llagas eran éstas? Las llagas de la incredulidad.

¡Mirad con cuánto cuidado, con cuánto amor y caridad ejecuta esta curación importante! ¿Qué teméis? les dice. Yo soy vuestro Jesús, vuestro Padre y Maestro: *Ego sum, nolite timere*. Acércaos á mí, examinad bien los agujeros de mis manos y de mis pies y la herida de mi costado, que los clavos y la lanza me hicieron en la cruz. Ved que soy yo el mismo que ha sido sacrificado por vosotros: *Ostendit eis manus et pedes et latus, et dixit eis: Videte manus meas et pedes meos; quia ego ipse sum*. Pero no os fieis sólo de la vista; extendid sobre mi las manos; tocadme, palpádmelo bien, y os convenceréis de que yo tengo un verdadero cuerpo humano, de carne y hueso como el vuestro, y que, por consiguiente, no soy un fantasma que no tiene huesos ni carne, sino vuestro mismo Jesús: *Palpate et videte, quia spiritus carnem et ossa non habet, sicut me videtis habere*.

Pero, no contento con esto, les pide de comer, y come en presencia de ellos, no por necesidad que tuviese de alimento, sino para convencerlos más de la realidad de su cuerpo. Y cuando los ha confirmado en la verdad de su resurrección, abre con su divina luz su entendimiento, y les concede la gracia de comprender el sentido espiritual y misterioso de las Escrituras, y les hace ver que no sólo David en sus salmos, y los demás profetas en sus vaticinios, sino también Moisés en los cinco libros de la ley, y toda la religión antigua en sus ritos y sacrificios, han referido anticipadamente su vida, sus milagros, sus obras, sus misterios y sacramentos; y que todo cuanto él ha hecho, todo cuanto él ha padecido, todo cuanto les ha enseñado, ha sido el cumplimiento exacto de lo que había sido simbolizado en tantas figuras y anunciado en tantas profecías; y, finalmente, que los tormentos y las ignominias de su pasión y muerte, lejos de ser un motivo para hacer dudar de su misión divina, han sido, por el contrario, el sello y la prueba de ella; porque á esta pasión y á esta muerte ha sucedido una resurrección gloriosa; y porque no sería él el verdadero Mesías si no hubiese muerto y resucitado. En seguida, soplando sobre los Apóstoles, les dice: «Recibid el Espíritu Santo, en cuya virtud, cuantas veces perdonaréis ó retuvieréis á los hombres los pecados, les serán perdonados ó retenidos por Dios»; y de este modo instituyó el sacramento precioso de la penitencia. Finalmente les manda predicar en su nombre la penitencia y el perdón de los pecados á todas las gentes, comenzando desde Jerusalén. Con estas palabras, después que había revelado ya la verdad de su

cuerpo real, reveló también la unidad de su cuerpo místico, la Iglesia, y anunció que esta Iglesia, nacida en Jerusalén y esparcida por toda la tierra, compuesta de judíos y de gentiles, no sería más que una sola Iglesia.

Mientras que el amoroso Señor ejercía sensiblemente con sus palabras este magisterio divino en los oídos de sus discípulos, su luz y su gracia obraban invisiblemente en sus entendimientos y en sus corazones. Así es que mientras escuchan tan importantes verdades, las creen, las admiten y aman. Por consiguiente, aquellos discípulos que poco antes habían tenido ante sus ojos al Señor sin verlo, y lo habían oído hablar sin conocerlo, ahora, que creen, lo contemplan y lo reconocen por lo que es, el Redentor resucitado en su mismo cuerpo glorioso. Y ved aquí cómo esta fe santa y divina produce su efecto, porque pacifica sus entendimientos turbados, disipando todas las dudas y ahuyentando todo temor; y esta paz de la inteligencia, fruto de la fe, descendiendo á sus corazones y apaciguando sus afectos conmovidos, se esparce en ellos y se convierte en gozo; gozo que brilla en sus ojos, se divisa en sus semblantes, se pinta en sus obras y en sus palabras, y se manifiesta con expresiones de una alegría inmensa: *Gavisí sunt discipulí, viso Domino.*

La doctrina católica no es otra cosa que esta misma doctrina que el Hijo de Dios ha revelado hoy á sus primeros discípulos. Lo que Jesucristo ha hecho hoy con ellos, continúa haciéndolo la Iglesia en su nombre, por su orden y autoridad respecto á todos los fieles, que por lo mismo, escuchando dócilmente á la Iglesia, es como si escuchasen al mismo Jesucristo: *Qui vos audit, me audit;* y ven también con los ojos del entendimiento y de la fe á este Salvador resucitado. Por lo mismo, la enseñanza de la Iglesia produce en el entendimiento y en el corazón de los verdaderos fieles los mismos efectos preciosos que ha producido hoy en el entendimiento y en el corazón de los discípulos la revelación y la enseñanza de Jesucristo; infunde en ellos la tranquilidad y la paz del alma, que después se convierte en sentimiento de gozo interior para el corazón.

En efecto; la paz de Dios es el vehículo misterioso que une, que armoniza todas las cosas y las dispone en el orden que les es natural. Por esta razón se difunde por todas partes, se esparce sobre todas las criaturas, y la armonía y el orden que en ellas produce es lo que constituye principalmente su hermosura y belleza. En cuanto á nosotros los hombres, compuestos como estamos de dos substancias, alma y cuerpo, participamos de esta paz de dos modos: respecto al cuerpo, tenemos en nosotros la tranquilidad y la paz cuando

los elementos que lo componen se hallan en su equilibrio natural, y cuando los miembros del mismo se hallan perfectamente armonizados entre sí por sus formas y proporciones; en el primer caso, esta paz corporal se llama *salud*, y en el segundo *belleza*. Pero con respecto al alma, participamos de esta paz por el cuidado en practicar las virtudes, por las que comunicamos con Dios. Esto significa, en otros términos, que la inteligencia y el corazón del hombre no se hallan en paz sino en cuanto están colocados en su orden natural, y no se hallan colocados en su orden natural sino en cuanto el entendimiento y el corazón están unidos á Dios por las relaciones del conocimiento y del amor de Dios. Dios no se conoce sino por la revelación de la fe, así como no se ama sino por la comunicación de la gracia. Y como la religión católica es la única verdadera y legítima revelación de la fe, por eso ella sola coloca la inteligencia en su orden natural respecto á Dios, y por eso ella sola, según la profecía, hace que se siente el pueblo fiel en el seno de la belleza y en la tranquilidad de la paz: *Sedebit populus meus in pulchritudine pacis.*

Por eso la doctrina católica, colocando así el entendimiento humano en su estado natural, lo desarrolla, lo rectifica y lo perfecciona, porque la perfección de las cosas depende también de hallarse colocadas en el estado que les es natural. De aquí nace el juicio recto, el buen sentido, la razón perfecta, que distingue á las naciones católicas de las que no lo son. Considerad, en efecto, las naciones que no son católicas, y hallaréis que, á medida que ellas se alejan de la doctrina católica, son más necias, más extravagantes, más ciegas y más ilusas; tienen una manera de juzgar las cosas más defectuosa y exagerada, un sentido práctico más alterado, anómalo ó incoherente, una lógica más imperfecta, una razón á la que siempre parece que falta algo. Vosotros veréis que entre ellos el hombre, en su modo de pensar, de juzgar y de conducirse, es inferior al dictamen de su razón, á la verdadera norma de la humanidad; en tanto que las naciones católicas, en su misma diversidad de costumbres, de usos, de leyes y de idiomas, presentan al filósofo observador un tipo igual, una forma harmónica de juzgar bien las cosas, una lógica sana, un sentimiento recto, un tacto delicado, común á todos. Por lo mismo el verdadero *hombre*, el hombre natural, el hombre perfecto, en quien la razón está perfecta, se encuentra, generalmente hablando, en los países católicos, en compañía del cristianismo entero, de la doctrina sana, de la fe verdadera, de la religión perfecta, y la doctrina católica forma también el verdadero hombre al formar el verdadero cristiano.

Pero estos preciosos efectos que la enseñanza católica engendra en el orden natural, no son otra cosa que la consecuencia de los efectos, más importantes aún, que ella produce en el orden sobrenatural. La verdadera fe jamás se halla separada de la gracia, que la produce y que, mientras la fortifica, la eleva, la perfecciona y la hace ser para el entendimiento un origen secreto de paz y de tranquilidad espiritual y divina, á la que el hereje y el protestante son absolutamente extraños, y son ellos una prueba viviente de la verdad de la sentencia de Isaías: «Que el corazón del impío es semejante á un mar combatido siempre por la tempestad.» Así en verdad, hermanos míos, os confieso, para gloria de Dios y edificación de todos, que conozco todo el valor y la suerte de ser hijo y discípulo de la verdadera Iglesia, siento todo el peso del reconocimiento que debo á Dios por tan gran beneficio, y experimento un sentimiento tan exquisito de consuelo y de gozo espiritual, que no puedo explicarlo.

Estos mismos sentimientos los experimentáis vosotros, que tenéis la misma gloria y la misma felicidad de poseer la certeza, la seguridad, la plenitud y la paz de la verdadera fe; los experimenta toda alma católica que cree con una fe humilde, sincera, ferviente y amorosa la palabra de Dios, revelada y enseñada por el magisterio infalible de la Iglesia católica. ¡Oh felicidad del verdadero hijo de la Iglesia, y por lo mismo verdadero discípulo de Jesucristo! Seguro él de poseer la verdad de Dios, no sólo la sostiene con cuidado y la estrecha contra su seno con placer, sino que se abandona á ella, se coloca en ella y reposa en ella con una inmensa confianza, con una tranquilidad perfecta. Apenas se encuentra ya diferencia entre ver y creer, entre poseer y esperar; le parece que tiene ante sus ojos lo que cree con el entendimiento y con el corazón, y de este modo experimenta aquí en la tierra, por medio de la fe, las primicias de aquella inteligencia, de aquel gozo infinito, que será el fruto de la visión de Dios en los cielos: *Gavisí sunt discipuli, viso Domino*.

Pero recordemos que ni aun nosotros mismos los católicos podemos gozar de esta paz deliciosa de la inteligencia, fruto de la verdadera fe, si no tenemos en el corazón la paz de los afectos, que es el fruto de la gracia. El corazón en tumulto por el desorden de las pasiones, no permite que se sienta el gozo del entendimiento, que se halla en calma por la verdad de la fe. Cuando se vive como se cree, cuando la fe está en armonía con las obras, la profesión con la vida y el entendimiento con el corazón, entonces solo es cuando la paz de Dios, que excede á todo deleite mundano, desciende sobre el hombre, posee toda su alma y la hace verdaderamente feliz aun en la

tierra. ¡Oh paz del alma, que el mundo promete siempre, sin poderla dar jamás! ¡Oh paz del alma, que todos la buscamos, y son pocos los que la encuentran! ¡Oh paz del alma, verdadero tesoro, consuelo y delicia de quien la posee! ¡Oh paz del alma, que desciende de las llagas de Jesucristo resucitado, que sólo se encuentra al pie del árbol de la cruz, y que sólo germina en el campo de la verdadera Iglesia! ¡Oh paz del alma, que comienza en la inteligencia por la fe de la palabra divina, y desciende al corazón por la posesión de la divina caridad! ¡Ay! ¡Conservadla cuidadosamente, cristianos, si tenéis la suerte de poseerla, y si os halláis privados de ella, sacrificad voluntariamente el entendimiento y el corazón para adquirirla por medio de la humildad de la fe y santidad de la vida, porque el que procura esta paz celestial y divina en el tiempo, puede confiadamente esperar con la gracia del Señor encontrarla después en la eternidad. *Amén*.

SOBRE LA RESURRECCIÓN DE JESUCRISTO

Christus resurrexit ex mortuis.... Absorpta est mors in victoria. Ubi est, mors, victoria tua?

Jesucristo ha resucitado de entre los muertos.... La muerte ha sido absorbida por la victoria. ¡Oh muerte! ¿en dónde está tu victoria?

(S. PABLO, I, AD COR. XV, v. 20 y 54.)

Al comenzar, hermanos míos, los cuarenta días de salud y de penitencia, que la Iglesia renueva periódicamente para nuestra santificación, el sacerdote del Señor derramando sobre nuestras cabezas humilladas el triste simbolo de nuestra mortalidad, nos recuerda la flaqueza de nuestro ser y la nada de nuestro principio, dirigiéndonos estas lúgubres y aterradoras palabras: *pulvis es et in pulverem revertetur*. Mortales: la hoz inexorable de la muerte siega nuestras generaciones, como se corta la yerba de los campos. Su bárbara mano se